

Finos investigadores y figuras inquietantes/ Cinco destinos literarios/ Los libros de historia más originales/ La selección de nuestros críticos

RIKI BLANCO



ESPECIAL LECTURAS DE VERANO

HETEROPESIMISMO

Crónicas desde el frente del amor romántico

Relatos y novelas de reciente publicación presentan un informe forense de los usos amorosos más contemporáneos y de las dolencias generacionales que provocan

BEGOÑA GÓMEZ URZAIZ

“La heterosexualidad siempre me da vergüenza ajena”, escribió **Maggie Nelson** en *Los argonautas / Els argonautes* (Tres Puntos Ediciones / L'Altra), el ensayo memorialístico en el que contó cómo su embarazo transcurría a la vez que el inicio de la transición de género de su pareja. La escritora y académica Asa Seresin

partió de esa frase para definir, en un texto que publicó en el 2019 en *The New Inquiry*, un concepto pegadizo, como las canciones con estribillo, el *heteropesimismo*. Se define así a la actitud de decepción, vergüenza y desesperación ante el estado de las relaciones heterosexuales, sobre todo al hecho de estar inmerso en una.

Los personajes de varias ficciones recientes la ponen en práctica con-

tinuamente, esa idea de que, a estas alturas de la película, ser heterosexual, y no digamos ya formar parte de una pareja monógama, es un poquito ridículo.

Eloísa, la protagonista de uno de los relatos de *No todo el mundo* (Sexto Piso), de **Marta Jiménez Sereno**, va un día a una fiesta sin su novio, Marcelo, “se emborracha, fuma, baila y se magrea con todo el mundo,

fundamentalmente con las amigas y con los homosexuales”. Coquetea un poco con un actor, “incuestionablemente heterosexual, aunque él dirá bi porque suena moderno”. Lo mismo hacen Anna y Tom, los personajes de *Las perfecciones / Les perfeccions* (Anagrama), de **Vincenzo Latronico**. Cuando, un poco avergonzados por su vida de pareja monógama, acaban en un sex club de »

» Berlín, le dicen a todo el mundo que son bisexuales, “pese a que él no hubiera estado nunca con un hombre y ella una sola vez con una mujer en presencia de Tom”. El poliamor, escribe también Latronico, no va con ellos “no solo porque, según lo que contaban sus amigos, parecía una estructura burocrática y degradante, sino también porque ellos, juntos, estaban bien (...) se sentían un poco patéticos viviendo tan a gusto en una monogamia de larga duración, pero en realidad solo les atraían otras personas de forma esporádica o pasajera”.

Por lo menos, Celine y Luke, los protagonistas de la novela **La pareja feliz** (*Temas de Hoy*), la segunda novela de la irlandesa **Naoise Dolan**, no tienen que mentir. Ellos sí son bisexuales. Ella tuvo una novia antes de Luke, Maria, que ejerce un influjo un tanto nocivo sobre la pareja, y él estuvo con un chico, Archie, que sigue siendo uno de sus mejores amigos, lo que descoloca a su novia, Celine.

Pero incluso ellos inician la novela embarcándose en un proyecto exótico en el 2023: preparar una boda, concretamente la suya. Un hombre y una mujer nacidos a mediados de los noventa poniéndose trajes heteronormativos y jurándose amor eterno.

Los personajes de estas ficciones, y de otras de reciente publicación –**Sistema de recompensa** (*Random House*), de **Jem Calder**, **Consum preferent** (*Anagrama*), de **Andrea Genovart**–, sufren dolencias que podrían calificarse de generacionales. Viven en un *scroll* infinito, sus vidas siguen siendo inestables cuando se podría esperar por imperativo biológico que se volvieran sólidas, sufren de la ansiedad de la elección y a la vez están algorítmicamente condicionados para desear ciertas cosas. Pero la insatisfacción con el modelo de pareja heterosexual ni siquiera es patrimonio de veintañeros y treintañeros en la ficción contemporánea. Los personajes de **Intimidades** (*Sexto Piso*), de la japonesa-estadounidense **Katie Kitamura**, se mueven por la ciudad de La Haya con más de cuatro y cinco décadas a sus espaldas, y sin embargo sus vidas amorosas siguen siendo igual

/ La insatisfacción con el modelo de pareja heterosexual no es patrimonio solo de veintañeros y treintañeros

/ Uno de los ejes centrales de esta nueva confusión es el FOMO, ‘fear of missing out’, o miedo a perderse cosas

/ Se extiende la idea de que, a estas alturas de la película, ser heterosexual y monógamo es un poquito ridículo

/ Los personajes viven en un ‘scroll’ infinito, al tiempo que sufren de la ansiedad de la elección



RIKI BLANCO

Entrevista a Vincenzo Latronico

“Siempre tienes la idea de estar perdiéndote algo”

“Un novelista italiano y una dj sueca. No podemos ser más cliché”, se ríe Vincenzo Latronico, pensando en su propia vida, su propia casa, y en el apartamento que inspiró el escenario de su novela *Las perfecciones* (Anagrama), con la que ha sido finalista del premio Strega. Tuvieron que dejarlo porque les subieron el alquiler. Y todo eso, gentrificación, desarraigo y parejas, está en un libro que incluye experiencias tan específicas de esta década como la de dejar el propio apartamento listo para la llegada de unos inquilinos de AirBnb, preparándolo para que se parezca lo más posible a su fantasía de una vida urbana en el Este de Berlín. El autor (Roma, 1984) se mudó a la capital

alemana desde Milán en el 2009, desencantado de la experiencia como activista en una casa okupa que las autoridades demolieron para construir dos torres con un jardín vertical. Plantas que dan oxígeno, sí, pero también están ahí para tapar otras cosas, como las monstera que aparecen en la novela. Anna y Tom, los protagonistas, las cuidan con esmero y las acarrear desde su bonito apartamento en Berlín al hotel en el que se alojan un tiempo como nómadas digitales en Lisboa, y también a la casa en la que no se encuentran del todo a gusto en Sicilia, apátridas europeos compartiendo tics, ambiciones y desencantos con otros apátridas europeos que se les parecen

mucho. Una puesta al día de *Las cosas* de Georges Perec que retrata también a quien la lee.

No se leen muchas novelas escritas en la tercera persona del plural. Anna y Tom van siempre juntos en el sujeto, y no llegamos a saber nada de Anna o de Tom por separado.

Intenté no darles personalidades separadas porque quería escribir una historia que tuviera un sujeto colectivo. Si hubiera habido diferencias entre ellos, el lector se hubiera visto reflejado en Anna o en Tom y entonces hubiera sido una historia sobre cómo cada uno es único y diferente y quería que fuera un relato sobre todas las maneras en las que se parecen a otra gente. La pareja es el colectivo más pequeño. Así que tuve que controlarme para no darles una personalidad a cada uno y por eso eliminé, por ejemplo, un capítulo que quería escribir sobre sus peleas, porque eso hubiera facilitado al lector posicionarse con uno o con otro.

Anna y Tom, con esos nombres tan neutros que podrían ser de cualquier parte, encarnan una especie de pareja arquetipo de su generación.

Lo que describo es un tipo de pesadilla de la pareja heterosexual, pero ¿cuál es la pesadilla? La pesadilla es cómo se ven a ellos mismos desde fuera. Hemos vivido en los confines estrictos de la monogamia heteronormativa, que era muy limitante para muchos de nosotros. Y está muy bien que para las generaciones más jóvenes no sea así. Yo he sido monógamo toda



JOAN MATEU PARRA / SHOOTING

de oscilantes que las de sus hipotéticos sobrinos. La, una intérprete en el Tribunal Internacional, se avergüenza ante sus amigas por estar insalubrementemente obsesionada con un hombre al que acaba de conocer. Adrián, que aún no ha terminado de divorciarse de su mujer, con la que comparte tres hijos. Cuando ambos van a cenar a casa de una amiga de ella, la amiga no duda en flirtear con ese nuevo novio problemático. En la novela humorística **Los altruistas** (*Random House*), de **Andrew Ridker**, el padre boomer, un viudo de setentaytípico que no parece poder tener a su pareja treinta años menor, está tan perdido como sus hijos *millennials*.

Lo que dibujan todos estos libros tan dispares en su forma y en sus objetivos es una aproximación a los usos amorosos del ahora mismo. Y uno de los ejes centrales de esa nueva confusión es el FOMO, el *fear of missing out*, o miedo a perderse cosas, una idea tan lógica (¿quién no quiere más, todo el tiempo?) como relativamente nueva cuando se aplica a lo sentimental. Esa misma pareja berlinesa que miente en el sex club (del que se van sin hacer nada) siente que su propia felicidad es defectuosa o está causada por los motivos equivocados. “Temían estar contentos simplemente porque se habían contentado”, escribe Latrónico. “Escondí la moraleja en ese capítulo”, aclara el autor (la entrevista completa, en esta misma página). “Durante cientos de años, en cada continente y en cualquier cultura, esa ha sido la definición de la felicidad, estar contentado. Si tienes miedo a eso, tienes miedo a ser feliz. Y lo que me quería preguntar es qué es lo que les hace infelices, si es la heteronormatividad o es la falta de confianza en sí mismos”.

Las apps de citas son, por supuesto, el invento que a la vez posibilita y complica el FOMO en las relaciones. De nuevo, el colectivo LGBTQ+ abrió la espita de utilizar aplicaciones de base algorítmica, que añadían la tecnología de geolocalización, para encontrar nuevas parejas sexuales, con la pionera Grindr, y el mundo heterosexual siguió después con Tinder, que ha cumplido una década este año, y todas las demás: Bumble, Raya, etcétera. Los efec-

tos que han tenido esos supermercados horizontales de lo sexoactivo han empezado a estudiarse en ensayos como **Tristes por diseño** (*Consonni*), de **Geert Lovink**, en **El algoritmo del amor** (*Contra*), de **Judith Dupontail**, y en **El fin del amor: una sociología de las relaciones negativas** (*Katz*), de **Eva Illouz**, entre muchos otros, y era de esperar, con la de posibilidades narrativas que encierran, que se explorasen también en la ficción.

En *Sistema de recompensa*, Jem Calder cuenta la historia de un match en dos planos, el de él y el de ella. “A la usuaria le gustaba la experiencia limpia, asensual, de usar la app de citas de base algorítmica; la posición de libertad y de control, de distancia, que le facilitaba esa simulación racionalizada de hallazgo y romance. Le gustaba que implicara poco riesgo, que fuese fácil descartar a los babosos”. Por supuesto, esa misma usuaria no puede evitar “imaginar su propia muerte violenta a manos de alguno de sus matches”.

Más tarde, cuando ya se han acostado, a la usuaria le ocurre algo: “En la oscuridad del cuarto, no conseguía recordar el verdadero aspecto del usuario, solo las imágenes de su perfil”. El usuario, por su parte, tiene dudas ideológicas con el uso de la aplicación. Por un lado, intuye que clasificar a las mujeres entre aptas o no aptas en función de su aspecto físico muy feminista no debe ser, pero después se queda algo tranquilo pensando que también se lo hacen a él. “Desde que estaba metido en serio en la app, él había empezado a ver a las mujeres como una especie de clones, como si cada mujer con la que hacía match fuese una continuación de la mujer que la había precedido”. Pero ¿cuál es la alternativa, realmente? ¿Volver al sistema de emparejamiento por homogeneidad de base no algorítmica?, ¿juntarse con alguien del mismo barrio, o del mismo pueblo, de una familia compatible y un estatus socioeconómico parecido?

Mezclar roles de género aún tozadamente (y renovadamente) persistentes con un sistema tan transaccional tiene sus peligros, aparte del de morir estrangulada, como barruntaba la protagonista del relato de Calder. La escritora Merritt Tierce explicaba en un artículo publicado el día de San Valentín de este año en *The Paris Review* que encadenó 107 citas de apps tras su divorcio, ninguna muy fructífera, pero algunas muy didácticas. Como la que tuvo con un economista francés por OkCupid, que le explicó que no se sentía atraído por ella debido al deseo mimético. Si estuvieran en una isla desierta, desarrolló el francés, y tuviera que escoger entre Tierce y “una persona guapísima”, la escogería a ella porque podrían conversar y ya de paso acostarse, pero en el mundo real, rodeados de otras personas que les estarían observando, se sentiría avergonzado porque todo el mundo sabría que él podía estar con una mujer más atractiva.

Ante este panorama, no parece osado señalar, como hace Andrea Long Chu, la última ganadora del premio Pulitzer de crítica literaria, que la heterosexualidad está “al borde del colapso, aguantada con cinta adhesiva y dedos cruzados”. Tampoco sorprende que sean las mujeres heterosexuales especialmente quienes poseen memes sobre la maldición de sentirse atraídas por los hombres y quienes se aferran, a medias como diagnóstico y a medias como cura, a lo que Asa Seresin llamaba en su texto fundacional sobre el tema una solución bergsoniana y anestésica, el heteropesimismo. Con eso se refiere la escritora a que la idea se aplica como esas pomadas que hay que untarse media hora antes de una intervención cutánea y que disminuyen el dolor, método que “protege ante la sobreintensidad del sentimiento” pero que no termina de arreglar el problema. Condenados algunos a vivir en la era de la heteroperplejidad, lo único que queda es leer, mucho y variado, sobre el tema. /

mi vida, con hombres y con mujeres, y me cuesta imaginarme en una situación poliamorosa, pero pienso que debería. Esa es la trampa. Tienes esta idea de que te estás perdiendo algo y es el motor que mueve las redes sociales, el FOMO. Y la respuesta al FOMO es sí, claro que te estás perdiendo algo. Solo estás en un sitio en cada momento y casi todo el rato estás durmiendo.

Creo que inicialmente situó la novela en Milán. Parece extraño, porque es un libro muy de Berlín, la ciudad meta de los dos mil.

Es verdad que la historia es extremadamente específica sobre la evolución de Berlín y sobre la comunidad de expatriados allí en los últimos quince años, pero también es un caso de estudio sobre la gentrificación y la digitalización de nuestras vidas. Lo que quería es escribir sobre cómo nuestra manera de ver el mundo y vernos a nosotros mismos se ha transformado por la tecnología digital y sobre cómo han cambiado nuestras ciudades, y eso podría haber pasado también en Milán o en Barcelona.

¿Cómo se recibió en su entorno la novela? Tuvo que robar detalles de las vidas de sus amigos.

Bien. Y eso que, sí, robé muchas cosas de las vidas de mis amigos y conocidos. Pero todo el mundo entendió lo que quería hacer y vieron también que no me salvaba a mí mismo. Hay mucho de mí mismo en el libro.

Latidos

Collboni y la promesa del Ayuntamiento cultural



SERGIO VILA-SANJUÁN

“Sin cultura no existe ciudad. Hay que recuperar la ambición cultural que hizo grande a Barcelona. Reivindicar su doble capitalidad catalana y española, su condición de puente con Iberoamérica y Europa”, señaló el nuevo alcalde Jaume Collboni en su discurso de investidura. Alivia un poco esta toma de posición –evidentemente aún por perfilar y concretar–, porque un ausente del debate electoral ha sido el tema de la cultura. Y eso pese a que en efecto, en sus mejores momentos, el Ayuntamiento de Barcelona ha sido cultural.

Para Collboni no es tema novedoso, ya que fue concejal de esta área en 2016-2017. Vale la pena hacer algo de memoria para contextualizar su paso.

Xavier Marcé por el PSC se puso a cargo de las “industrias creativas”. En esta fase las iniciativas con más visibilidad fueron las bienales de pensamiento y ciencia impulsadas por Subirats, y en el capítulo menos positivo la férrea oposición al proyecto Hermitage.

En la mencionada etapa de Collboni 2016-2017 se emprendieron iniciativas de cierto peso: se negoció con el Ministerio de Cultura la reanudación del convenio de doble capitalidad, establecido en su día por Hereu y que Trias no renovó (cerrado finalmente en el 2021, con una aportación a la ciudad de 20 millones de euros). Se abordó el acuerdo con la Fira sobre el pabellón Victoria Eugenia; la conversión del histórico

Las apps de citas son, por supuesto, el gran invento que a la vez posibilita y complica las relaciones

El modelo heterosexual está para algunos “al borde del colapso, aguantado con cinta adhesiva”



Collboni, con Almodóvar e Iceta, en la fiesta de Sant Jordi de ‘La Vanguardia’

En época contemporánea, la gestión municipal barcelonesa en cultura, como en otras áreas, fue socialista de 1979 al 2011. La continuidad y el sentido de dirección facilitaron numerosos proyectos que cambiaron radicalmente el panorama, desde el Plan de Bibliotecas al Institut de Cultura de Barcelona (ICUB), en los que tuvo un papel decisivo Ferran Mascarell, o la participación en el MNAC, el Macba o el CCCB.

La etapa Trias (2011-2015) continuó proyectos ya iniciados, como las fábricas de creación lanzadas desde el ICUB por Jordi Martí cuando este aún estaba en la órbita del PSC. Se apostó fuerte por la cultura popular identitaria –Trias había criticado el “exceso” de cosmopolitismo urbano– y tuvo como hitos más vistosos la finalización del Centre del Born, reconvertido en un espacio de combativa apología nacionalista en pleno despegue del *procés*, y el Museu de Cultures del Món, empeño del concejal Jaume Ciurana tras la marcha de la ciudad del Barbier-Mueller.

El periodo Colau ha sido cambiante. Primero la cultura pasó un año asignada al teniente de alcalde Jaume Asens, “desbordado”, según propia confesión, por sus múltiples ocupaciones. Luego se sucedieron los responsables: primero Berta Sureda, después Collboni (desde el pacto de gobierno BComú-PSC hasta su ruptura por parte de los primeros). En el segundo mandato de Colau, BComú asumió el ICUB (con Joan Subirats a cargo, y luego Jordi Martí) mientras

Resurgirá la Casa de les Lletres, su idea más ambiciosa en su paso por Cultura, que no se llegó a concretar?

Borsí en biblioteca; la colaboración metropolitana en el festival de danza.

Entre lo que no cuajó figura la ambiciosa creación de la Casa de les Lletres en el edificio desocupado de Roc Boronat, 99-115. Iba a consagrarse al ecosistema del libro de la ciudad; albergaría la oficina de Barcelona Ciutat Literària, el Consorci de Biblioteques y un Observatori Internacional del Llibre, acompañada de medidas en favor de la edición. “Somos líderes mundiales del sector y queremos seguir siéndolo”, manifestó Collboni. Pero el edificio aún no se ha restaurado, ni están claros sus usos; el Observatori no vio la luz; Barcelona Ciutat Literària ha perdido bastante fuerza. Como el destino de El Molino o el teatro Arnau, son carpetas pendientes para el Consistorio que se estrena.

¿Resurgirá la Casa de les Lletres en el mandato de su impulsor? ¿Coexistirá con el otro gran proyecto del libro en marcha, la Biblioteca Pública del Estado? Asunto que meditar en unas semanas que para el alcalde no serán de descanso, pero sí aptas para lecturas como las que recomendamos en este suplemento, con el deseo a nuestros lectores de buenos libros y muy buen verano. /